



## NARRACION DE UN SUCEDIDO\*

---

A LUIS GONZALEZ OBREGON.

**A**QUELLA noche del mes de Julio de 1818, en que el aire apenas movía de las copas de los árboles que adornaban los anchurosos patios de la muy noble y leal ciudad de Guadalajara, fué, en particular, famosa por la nueva que durante ella se difundió y que hizo asomar la dulce risa á los bonachones y mofletudos capitulares, persignarse á las ancianas, poner gesto dubitativo á los afectos á negar la intervención de lo maravilloso en la vida y hacer muecas de indignación á las mozas en estado de merecer.

El Provincial de la Merced y el padre Ricarday, famoso éste entre las beatas por su misa á hora matutina, apostaron en casa del Canónigo Cerpa un hábito nuevo de cúbica, que perdería quien no probara al otro la verdad de lo que asentaba; un libre pensador—desde entonces existía ya tal fruta—que leía las *Ruinas de Palmira* y el *Baroncito de Faublas*, ofreció regalar á su esposa un rebozo ametalado y un vestido completo de linón, caso de que resultara cierta la noticia; y hasta hubo quien asegurara el triunfo de la canalla, si la espada del reino vacilaba en la robusta mano que la empuñaba entonces.

Y lo que mantenía en tal espectación á la ciudad no era una nueva entrada del protervo Hidalgo y de sus parciales, ni la derrota de ningún regimiento de *Cruzados*, ni la llegada de terremoto semejante al que en Mayo de aquel año había derribado las gallardas torres de la Catedral; sino solamente la circunstancia de haberse sabido que el Exmo. Sr. D. José de la Cruz, Brigadier de los Reales ejércitos, Sub-Inspector y Comandante de la primera brigada de este reino, Comandante general del ejército de operaciones de reserva, encargado de la Comandancia de Nueva Galicia, Presidente de su Real Audiencia, Sub-Delegado de la renta de correos del mismo reino y Gobernador é Intendente de la Provincia de Guadaluajara, se hallaba enamorado como cualquier cadete barbiopiente.

\* El argumento de este cuento está tomado del erudito libro de D. Alberto Santoscoy: *Canon cronológico de los gobernantes de Jalisco*.—N. del A.

El objeto de las amorosas ansias del terrible jefe español, lo constituía la viuda más hermosa que vió jamás la galiciana tierra.

Baja de cuerpo, como ansiaba Byron que fuera la mujer amada, á fin de poderla robar fácilmente, de tez blanquísima, coloreada por ligero carmín—mármol teñido con rosas, que dijo el poeta—de ojos claros, serenos, á los que podía pedirse favor idéntico del que de su dama solicitaba Gutierre de Cetina, de nariz de aletas nerviosas y movibles, de talle breve, que inspiraba deseos de estrecharlo amorosamente, Doña Juana Ortíz era quien más sobresalía por su lindo palmito en esta tierra, que por la hermosura de sus hijas era ya elogiada desde el siglo XVII por el Rev. Padre Tello.

La más devota en la iglesia, la más hacendosa en su casa, la más discreta en el estrado, Doña Juana atraía las miradas de todos los hombres, y siendo muy joven, casi niña todavía, casó con D. Silvestre Rubín de Celis, acaudalado español, que gozó muy poco tiempo de tamaño tesoro.

En 1811, al ser conducido Celis, de Tepic á esta capital, por D. Juan José Zea, en unión de otros españoles, fué muerto en la hacienda de Cuisillos, dejando, con la pena que es de imaginarse, á la bella señora.

Seis años completos pasó Doña Juana, saliendo apenas de su casa, asistiendo con asiduidad á las prácticas religiosas y preocupándose poco ó nada de lo que en el exterior pasaba, pues por D. Silvestre, que si bien no era un anciano, tenía muchos más años que ella, llevó el luto que era razón guardara á tan fino amante y caballero tan desgraciado.

Quedaron proscritos entonces en el atavío de la dama las *peinetas de teja*, de *sofá* y de *pico de pato*, los rizos en forma de tirabuzón, que con la linda mata de pelo arreglaba en la alabastrina frente, los vestidos altos de talle, bajos de escote, plagados de *canesús* y volantes, y las mantillas de rica blonda, de suave terciopelo y de brillante raso formadas, que parecían hechas de propósito para rodear aquel rostro ideal, de líneas finísimas, que lo asemejaban á escultura bizantina; todo concluyó, y sólo las negras tocas de tris-

te viudez quedaron en lugar de tantos y tan bellos adornos.

¿Fue la singular hermosura de la dama la que cautivó al rudo soldado? ¿Fue su adhesión á la memoria del marido difunto? ¿O fue acaso esa tendencia innata que todos tenemos á enamorarnos de lo que parece inaccesible y dificultoso y que nos hace buscar el cariño de las mujeres que han querido mucho y que se muestran apegadas al culto de un muerto, como las viudas? Quien sabe; mas es lo cierto que D. José, que tenía de ordinario su despacho en el costado norte del Palacio de Gobierno, empezó á fijar sus miradas en la casa frontera, donde habitaba la heroína de esta verdadera historia; y que Doña Juana, compasiva y piadosa ó súbitamente impresionada, rindió el albedrío, que había conservado libre, al galante militar.

Nadie penetró el secreto de aquellos amores durante algún tiempo; pero sí se vió que algo extraño pasaba en el Jefe, supuesto que ya no daba contestaciones, regocijadas unas y mal intencionadas otras, á las peticiones que se le dirigían; que no promulgaba bandos draconianos contra *les fripons*, como llamaba á los insurgentes, en la lengua del corso aborrecido; que no respondía invariablemente en los ocurros al *Otro* con *Otro no*, y que, por último, tenía largas conferencias con D. Juan Manuel Caballero, al cabo de las cuales salía algunas veces con aspecto triste y meditabundo, y otras decididor, alegre y chispeante.

Pero es ley que nada permanezca oculto bajo el sol y aun existe refrán castellano sabidísimo, que particulariza como primer sentimiento incapaz de disimulo, al amor. Por tales causas no necesitaron los menos linceos de investigaciones concienzudas, para averiguar lo que se propalaba, pues para quien quisiera verlos, se exhibían diariamente, apoyados en sendos balcones, D. José y su dama, él en Palacio y ella en la casa frontera inmediata al Concejo Municipal.

Los *telégrafos*—así los llamaríamos en la actualidad—entre los dos amantes, las miradas incendiarias que se dirigían, y sobre todo, las palabras de miel que de balcón á balcón cambiaban y que en más de una ocasión hicieron levantar los ojos á los descuidados transeúntes, constituían, según la expresión de un erudito autor, el palillo de dientes de todas las conversaciones.

Los oidores, en el rato de *cuajo* que precedía al acuerdo, los canónigos, cuando iban á coro, y hasta los menestrales en los sotabancos que habitaban, refán donosamente de la primera autoridad de la provincia, discutiendo las probabilidades de matrimonio próximo, alabando las prendas de la novia y hasta comunicándose con todo secreto el nombre del mercurio que había traído y llevado los recados que tuvieron por fin la firme unión de aquellas voluntades.

Pero hubo alguien que no se limitó á comentar el hecho extraordinario y que se propuso poner coto á aquellas manifestaciones de dos almas que probablemente se abrían entonces por primera vez á las amorosas impresiones, y fué el Ilmo. Sr. D. Juan Cruz Ruiz de Cabañas, Obispo de la diócesis neo-gallega y de grata memoria para Guadalajara.

Cierta tarde, vestido el Sr. Cabañas con el traje humilde de todos los días, subió al *forlón* de sopandas, tirado por garridas mulas, que lo esperaba en el patio de su casa; pasaron tras él algunos de los sacerdotes de su familia, montó el auriga en la mula, desde donde cocheaba, y tras breve camino, prelado y familiares llegaron á la casa de la señora viuda de Rubín de Celis.

Un diálogo, y diálogo substancioso, debe haber pasado entre el obispo y la viuda, pero como nadie lo escuchó, sorprendió no poco á todo el mundo ver pasar violentamente, á D. José de la Cruz, del Palacio

á la casa de su ídolo, atravesando previamente por la puerta del departamento donde se encontraban, hasta hace poco, las oficinas del Registro Civil.

Permanecieron los ayudantes que acompañaban al Gobernador, en la *asistencia* de la casa, vasta pieza cuyo suelo estaba cubierto por estera de palma, que contenía numerosas sillas de bejuco y que ostentaba en la parte principal una pésima estampa de la Virgen de Guadalupe, viéndose, en puertas y ventanas, invocaciones á San Emigdio, contra la peste, y ojos de la Divina Providencia, que en letras muy visibles tenían escrito el mote: «Dios me ve».

La habitación en que penetró el General, era amplísima; rodeábalas una banqueta de pino imitando caoba, muy alta de pies y con asiento de seda. Frente á las ventanas se hallaban las hoy llamadas consolas, y junto á la pared el *tremor ó trumacu*, compuesto de dos pequeños trozos de espejo, con el marco de madera desmesuradamente grande y teniendo en la parte superior dos columnitas con chapiteles de bronce dorado.

Vestía, el Sr. Cruz, holgada chupa de seda negra, gran chaleco de la propia tela y de igual color, pantalones ajustados, con media bota encima (éstas con una borla delante, al estilo Souvarow), tenía el pelo cortado á la moda francesa, y portaba en las manos el sombrero de empanada y la caña con puño de oro, insignia ésta de su dignidad.

Saludó cortésmente á la señora de la casa, vestida de riguroso luto, besó la mano al mitrado, y tomando asiento, esperó á que le dirigiera la palabra el Sr. Cabañas.

—No asistió vucencia el domingo, dijo el Obispo, al ayuno semanario, y se privó de tomar la olla podrida, que tan bien prepara Francisquín mi cocinero.

—Y al mismo tiempo, repuso con cortesía D. José, me impidieron las atenciones del Gobierno besar la mano de mi amado Pastor.

—¿Acaso aprietan los maldecidos insurgentes, hoy que transcurridos los tres llamados años, nuestro católico monarca goza de completa libertad para aplastar á los infames masones?

—No tal, y como V. S. Illma. sabe, este reino es en el que mejor se conservan los sanos principios; pero ciertos despachos urgentes me impidieron tener la satisfacción de estar en la grata compañía que acostumbro las fiestas de guardar.

—¿Y nada más que los cuidados del Gobierno atormentan á Vucencia? preguntó con retintín el prelado.

—Ningunos otros, Illmo. Señor.

—¿No habrá pensado el insigne Gobernador de la Nueva Galicia, por S. M., en tomar el estado que cuadra á un caballero cristiano, á fin de dar hijos que sirvan á su Dios y á su rey?

—Ciertamente que tengo tal propósito, y aun he hablado lo que á tal negocio se refiere, con persona que nos escucha; pero aguardo, naturalmente, para llevar á cabo mi idea, á que concluya la sujeción de la tierra, que afortunadamente se va ya logrando.

—Y ¿quién asegura á Vucencia que concluida esta empresa, que yo no veo tan hacendera, no lo llame el real servicio á otra parte, y le impida realizar su deseo?

Tales moratorias vienen á ser los *ciento volando* de que habla el refrán de nuestra Castilla.

—Pues qué, ¿hay urgencia de que pronto me case, señor Obispo?

—No, en verdad, salvo el buen parecer, que será siempre parte para que sujeto constituido en alta gerarquía, cumpla con los cánones sociales.

—¿Qué, se me trae en lenguas como enemigo de las conveniencias?

—Y aun se habla de escándalos; y ya sabe Vucen-

cia la pena conque el Espíritu de Verdad amenaza á los escandalosos.

—Pues es menester arreglar lo conveniente, para que el matrimonio se verifique dentro de breve plazo.

—¿Y por qué no ahora mismo, señor Excelentísimo?

—Porque sería menester impetrar el real permiso.

—Cuento con tantos valedores en la corte, son tan amigos míos Lozano de Torres, Collado, y hasta el mismo Antonio I, que me atrevo á tomar sobre mí la responsabilidad que pudiera resultar.

—No me hallo en estado de gracia, conforme es menester para recibir tan alto Sacramento.

—¿No dí la Santa Comunión el día de Santiago Apostol á Vucencia y á mi señora Doña Juana, en mi oratorio particular?

—No se han corrido, sin embargo, las amonestaciones de estilo.

—Soy el diocesano, y tengo facultad para dispensar esa y las demás formalidades en los matrimonios.

—Faltan testigos, señor Ilustrísimo.

—Oigo desde aquí la cháchara ruidosa que han armado los ayudantes de Vucencia y mis familiares; de entre ellos podemos tomar cuantos testigos queramos.

Permaneció perplejo Cruz durante algunos instantes, levantó la cabeza Doña Juana, que había guardado silencio durante aquel diálogo, dió algunos pasos el Sr. Cabañas por la habitación, y desplegando al fin los labios el acorralado magnate, suspiró, más bien que dijo, un «hágase como desea V. S. Ilustrísima», que llevó el contento á todos los ánimos.

Interrumpióse el palique de los ayudantes, llamóse á los familiares y personas de la casa para que sirvieran de padrinos, leyó el bondadoso prelado la tradicional y temerosa epístola de San Pablo, y levantando la mano blanquísima, pequeña, regordeta, en cuyo dedo anular brillaba rico solitario, bendijo á los esposos, pronosticándoles más dicha que á Tobías, descendencia más numerosa que á Abraham y poder más grande que á David y Salomón.

Dos horas después, cuando los criados penetraron en la estancia, con grandes velas encendidas colocadas sobre candelabros de plata, la gente toda se asombró al saber que el Sr. Don José de la Cruz, que había penetrado en aquella casa libre y señero, salía con el cuello uncido á la matrimonial coyunda.

Guadalajara, 1895.

V. SALADO ALVAREZ.

## VÆ VICTIS!

La vida es lucha. Desde el mismo instante  
Que la razón alumbró nuestra mente  
Comienza en nuestro espíritu un ingente,  
Un recio batallar, rudo y constante.

\*\*\*

Las campeones mirad. El Bien austero  
Que deberes prescribe y privaciones,  
Y el Mal, que al cautivar nuestras pasiones,  
La copa del placer nos brinda artero.

\*\*\*

La severa Verdad que nos conduce  
Al Calvario por senda dolorosa,  
Y el Error que con mano cariñosa  
Entre flores nos lleva, y nos seduce.

\*\*\*

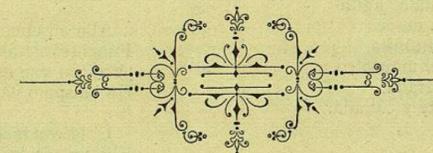
Y en combate tan cruel, allá en el alma  
El Bien y la Verdad tal vez se imponen;  
Mas el Error y el Mal se sobreponen  
En veces mil con victoriosa palma.

\*\*\*

Y así pasa el vivir. Da su latido  
Postrero el corazón, y si aun impera  
En ese instante el Mal..... ¡oh suerte fiera!  
Si el triunfo es del Error..... ¡ay del vencido!.....

Puebla, 1894.

IGNACIO PÉREZ SALAZAR.



## Dura Lex

¡Muramos! Nuestras almas pecadoras  
Que amaron, que sufrieron, que aun esperan  
Ya están en el Calvario. Delatoras  
Las infieles amadas, vengadoras,  
No cesan de gritarles ¡Mueran!..... ¡Mueran!

Muramos sin Tabor. Hay en la vida  
Ocasos sin auroras. Tempestades  
Sin iris. Tiernos pechos sin egida.  
Sin castigos, innumerables maldades,  
Moribundos sin bálsamo en la herida.

Si los castos ideales perecieron  
Del amor en la pérdida acechante,  
Perdón para los Judas que vendieron  
Nuestra fe y al besarnos nos perdieron.....  
¡El palio de la cruz es la esperanza!

Amar es el delito imperdonable  
Que en el Pretorio condenó Pilatos.  
Mas el Hijo de Dios oyó inmutable  
La sentencia fatal, inexorable... ..  
¡Y perdonó Jesús á los ingratos!

QUIRINO ORDAZ.

Tepic, 1895.

## MINIATURAS.

I

Cuando viene la noche, triste y oscura,  
Sin ruidos, sin astrales fulguraciones,  
Despertando las mudas palpitaciones,  
Cruza el cielo de mi alma tu imagen pura.

La aparición divina de tu hermosa  
Sólo un instante esplende con radiaciones  
Fugaces, cual las rojas exhalaciones  
Que rasgan las tinieblas allá en la altura.

Cuando desaparece, mi alma se agita  
Bajo el influjo extraño de mi deseo  
Y pienso en la tristeza loca, infinita,  
Que la estatua de mármol del mausoleo,  
En panteón sombrío desamparada,  
Siente al venir la noche triste y callada.

II

Al templo penetró, casi demente;  
Junto al altar, doblando la rodilla,  
Al fulgor de nocturna lamparilla,  
Posó en el mármol la abrasada frente.  
El templo estaba solo. Reverente,  
Con la sincera fe del que se humilla,  
Elevó su alma en oración sencilla  
Al Supremo Hacedor Omnipotente.

¡Cuán fervorosa y triste la plegaria  
Rodó por la ancha nave solitaria!  
¡Una hora pasó! Siempre de hinojos.  
Desfalleciendo al fin por el quebranto  
Quiso llorar—¡es un consuelo el llanto!—  
¡Y no tenían lágrimas sus ojos!

III

Pensaba y escribía en mi aposento.....  
Escuchaba á lo lejos los fragores  
Del sordo trueno, y cerca los ruidos  
Del ramaje mecido por el viento.  
Y ella vino á mi lado y encendidas  
De pasión las mejillas, «¿En que piensas?»  
Me dijo y respondió: «¿En las inmensas  
Congojas que me aguardan, si me olvidas!

BENJAMIN RETESH.

Tepic, Agosto 10 de 1895.

## AZAHARES.

La campanita del templo  
Llamando está á misa de alba,  
Mientras sollozo en la tumba  
De mis muertas esperanzas.

Ramilletes de azahares  
Adornan cirios y gradas,  
Y el sacristán me pregunta  
De mis sollozos la causa.....

Acicalados señores  
Y aristocráticas damas  
Han concurrido al entierro  
De los sueños de mi alma.....

Está en el altar María;  
Al pie del altar mi amada.....  
En el rostro de la Virgen  
Se miran rodar las lágrimas!

Me dirige el padre cura  
Consoladora mirada.....  
Yo me reclino en el muro  
Porque la vida me falta!

Allá en el coro la orquesta  
Fúnebres notas exhala.....  
¡Y dicen que es la armonía  
Un bálsamo para el alma!.....

Él la conduce risueño,  
Ella va pálida..... pálida!.....  
En mi pecho los amores  
¡Qué triste responso cantan!

FERNAN GRANA.

(Cop.)



SE acercaba el día de mi nombre. Día feliz, durante el cual las gratas sensaciones se unían en mi alma, se enlazaban como las notas multicolores de un kaleidoscopio en movimiento. Primero, en una bandeja inundada de rosas, dos planillas llenas de cifras trazadas por mano infantil, que hacían que mis ojos se anublaran por las lágrimas y que mi corazón resplandeciera de felicidad..... ¿Qué significaban aquellas letras torpemente trazadas? ¿aquella *a* que quería ser de tipo puro inglés, y que resultaba desgarrada, mal unida, en divorcio simétrico con la letra compañera? La leyenda decía: «A mi papá en su día.» Ah! sí, «á mi papá en su día» y apenas pude leer las seis palabras, pues la emoción embargaba mi voz. ¡Cómo aquella elocuencia vulgar de cinco años, me hizo llorar! ¡Bendita cabeza rubia! ¡Benditos rizos! ¡Benditos ojos de un azul tan sereno como el cielo! ¡Bendita mano que así cosquilleaba en mi alma hasta hacer correr en silencio esas gotas incoloras, diáfanas siempre, que se llaman lágrimas!

«A mi papá en su día» ¡Ah! acercaba la planilla á mis ojos; la leía, la releía, la volvía á leer; mi angustiosa emoción requería el uso de mis lentes; me los ca-

laba, ponía el papel frente á mí, y con miradas que eran un beso, con voz que era un sollozo, murmuraba yo, una y cien, una y mil veces:

«A mi papá.....»

¡Vamos! Y no podía seguir. El corazón se me saltaba del pecho..... Miraba de reojo á la chiquitina y, repito, aquello no era posible.....

Mi mano iba al bolsillo; buscaba, escudriñaba nerviosa, como si para los dedos hubiese tiempo y éste fuese corto, una moneda, cinco céntimos, cualquier cosa, y salía la gala reluciente, flamante, deslumbradora por su brillo..... La niña, llena de júbilo, recibía el inesperado premio, y después, por el corredor embalsamado por los tiestos, al par de los gorjeos que salían de las jaulas distribuidas de trecho en trecho, se oía su risita juguetona, cadenciosa y argentina....

Sobre mi bufete, semi-oculta por las rosas quedaba la planilla ¡La planilla que había costado á la maestra tantos días de ensayo y á la niña tantos días de gloriosa lucha con la divina ineptitud de sus manecitas más suaves que el raso y más blancas que el más blanco ampo de nieve!

A la sorpresa de aquellas letras de deliciosa incorrección, seguían la colcha primorosamente tejida, la